

CARTA A UN MANANTIAL

Afortunadamente los pueblos y las ciudades, en tiempos, para saciar a los caballos y a las personas necesitaban pozos, fuentes, los acueductos, los ríos y los manantiales. Gracias a eso, hoy podemos contemplar en las calles antiguas la belleza del agua y el mármol, los dioses y la mitología al alcance de la mano. Si no fuera por esto las ciudades serían como los barrios modernos: cemento, asfalto, plástico, hierro y cristal. En la entrada de los pueblos pequeños todo nos lleva al abrevadero, a la fuente, al manantial, que nos sugiere un camino fresco trazado a los pies de las hayas, de los matojos, de las encinas sobrias, de pinos de resina o abetos, entre rocas y cantos rodados, descansando remansos, al pie de las flores, de la nieve o culebreando en el subterráneo. Los manantiales son la sangre de los pueblos, como el fuego lo es de la casa.

Si alguna vez descubres un manantial en el monte, posa tus labios en él; si en el desierto llegas a un pozo, arrodíllate, besa la arena y escucha el sonido de tu corazón y el borboteo de la sangre por las venas hasta la cabeza, donde la materia gris se convierte en electricidad, la que, a su vez, manda mensajes a los ojos y a las manos para dar la bienvenida al sol, a la brisa y al agua. En tu corazón está la fuente y el abrevadero. Los caballos están sedientos. Sueña. Lástima que en algunas fuentes han colgado un letrero que dice: "Agua no potable". Los abonos químicos, los fertilizantes, los purines, etc., etc., han hecho el milagro de pudrir las venas de los manantiales, las venas de la tierra. No sueñes. El idilio de cristal se ha roto.

Ongi izan.

Daniel Ezpeleta.

<http://danielezpeleta.wordpress.com>